

## Texto leído por Manuel Llorente, presidente del Jurado del Premio FU en el acto de entrega del Premio a Álvaro Pombo.



### 'Álvaro Pombo, uno y trino'

**P**rimero, en su origen, Álvaro Pombo fue poeta. Y no ha dejado de serlo hasta hoy, que otra cosa es que publique o no versos. Se desliza, se le escapa sin mayores pretensiones. Esta condición suele olvidarse y no deberíamos porque ahí empezó a tejer un mundo que se ha ido ensanchando y ganando altura hasta hoy. Primero, entre la lluvia fina y la galerna de Santander, después en el internado en un colegio de sotanas de Castilla. Más tarde, vivió la espesura de la España de los años 60 en que cursó y terminó Filosofía y Letras en Madrid y después escapó al Londres bullicioso y contradictorio en 1966. Allí vio de todo y se asustó de casi nada hasta 1977. En ese paréntesis fue portero de noche y estudiante de día, entre todo tipo de oficios no muy agradables. Y ya con el título de Bachelor of Arts, le dio por regresar y poner en orden y en limpio todo lo que le asombró, todas sus incertidumbres, bien en libros de poemas, bien en novelas.

De 1973 es su primer título, 'Protocolos', que publicó Biblioteca Nueva. Contó con un prólogo de Luis Felipe Vivanco (que de por sí, ya es una extrañeza, aunque no una extravagancia). En él incluía un fragmento de una carta que Álvaro Pombo le escribió desde Londres y donde nuestro hoy homenajeado confesó: "Nosotros somos esa generación timorata, cuajada de usías, autoridades y respetos, que nació en el año 39. Una generación deferente y vacuna que pasará a la historia por sus buenos modales. Yo soy, como mi generación, falso y cortés. Decirlo no puede ya empeorarme y me alivia".

Oigamos ahora un fragmento del poema '4124', así lo tituló, de este 'Protocolos':

"No tuvimos cuidado con la muerte  
Olvidamos la dicha entre los árboles  
Nos detuvimos en estrellas de mar//  
Con una palita de madera  
Inquietábamos esquilas y cámbaros del fondo//  
Me acuerdo muy mal de los castaños  
Eran las alamedas como nosotros era el día  
Un solo instante inmóvil era al borde  
De flores conocidas  
No me acuerdo//  
Un día es demasiado largo  
Una vida demasiado corta  
Vuelve con nosotros, quédate con nosotros//  
O por lo menos acuérdate de nosotros  
De siete en adelante".

Por seguir con la poesía, llegaría después ‘Variaciones’, de 1978 y al que luego regresaremos, y dos años después ‘Hacia una constitución poética en curso’, en el que surgen entre ilustraciones del arquitecto y pintor Juan Navarro Baldeweg, con quien compartió pupitre, estos versos: “El fallecimiento de todos los pájaros tuvo lugar según dicen / una primavera sombría plateada inquieta a causa de la luna”.

Álvaro Pombo y García de los Ríos, que tomó posesión en 2004 del sillón académico de la Lengua ‘j’ minúscula que ostentó Pedro Laín Entralgo, también se apellida Ybarra y Botín, pero no sabemos en qué orden y tampoco hoy importa. Álvaro Pombo, hoy con 84 años, es un escritor de Santander o un santanderino derivado en escritor. Santander, junto a Madrid, está en la trastienda de buena parte de su obra. Su familia, aristócrata, se asoma por encima de su hombro; siempre está, aunque no lo parezca. Porque sabemos que hay muchas formas de estar, de recordar, de estar vivo. A eso se ha dedicado Álvaro Pombo; a desentrañar cómo es eso de estar, a comprender la vida, a entenderse él mismo. Y a los otros. Al otro. Para eso escribe. Y para mostrar su extrañeza ante el comportamiento humano, que nunca deja de asombrarlo.

En ese mundo, cómo no, figuran sus tías, tan ajenas y tan presentes en el ajetreo cotidiano. Y el té, y la muselina, y el paseo cadencioso, y los comentarios a media voz, y el ornato y los relojes de pared. Y El Sardinero. Y el mar con sus veleros. El esplendor de un universo decadente de astilleros y viajes a París. Todo lo vio y lo escuchó Álvaro Pombo de niño, de adolescente interno y todavía resuena en su escritura, tal y como aparece en esta novela, ‘Santander, 1939’. Aquí, y en el resto de sus libros, Álvaro Pombo sigue sosteniendo, sin decirlo abiertamente, que la condición humana es incomprensible, fascinante y errática.

Y así nos lo hizo saber en novelas que descolocaron al lector medio español. En narrativa, Álvaro Pombo debutó en 1977 con ‘Relatos sobre la falta de sustancia’ que publicó la editorial La Gaya Ciencia, aquella que fundó Rosa Regàs. Bien curioso es este libro de relatos por donde aparecen personajes alborotados y extrañados, como la cándida Luzmila, que da título al (quizá) mejor cuento: los prudentes quehaceres de una joven inocente que vaga por la vida en pena, que acabó pasando (abro comillas) “tan desapercibida por el mundo que lo visible y lo invisible coincidían en ella sin asombro”. Luzmila es el contrapunto de la picarona Dorita; es decir, el haz y envés de cómo afrontar el ahora y sus consecuencias.

En estos relatos aparecen otros personajes de esos que se suelen considerar (mal) de segunda fila, tímidos y desastrados, pero a los que Pombo les empuja a salir al escenario. Como el adolescente de internado que se enamora vagamente de la madre de dos compañeros suyos. O el escritor español

exiliado que vuelve entre la gloria literaria y la derrota personal a su vida anterior donde nadie le espera. O la tristeza de un triste opositor que naufraga en su primera convocatoria y cae en una penumbra que le impide ver la transformación de su esposa. O el tío Eduardo, rico, viudo y solitario, prendido de un sobrino inesperado, viajero y dicharachero. Ya, en este relato, habita su amado Rainer Maria Rilke.

Todos estos personajes son el aperitivo de quienes vendrán después: muchos y en tropel, sin cesar. Y en muchas novelas, más de una veintena larga, que ya es decir. Repasemos algunas, como la no muy lejana 'Contra natura', todo un tratado de pasiones. Es violenta, delicada y turbia. Y atrevida. Lo más fácil sería calificar a este libro como un retrato de amores homosexuales, pero sería quedarse con la cáscara pues es mucho más: la incomprensión y la esperanza, el desamparo y el despecho se cruzan en personajes simples y atormentados en torno a un prestigioso y taimado editor maduro. El lector viaja desde un seminario (otra vez) de provincias a Chueca, del amor puro a la perfidia, del recelo a la conciencia atormentada. Lástima que no se la tuviera tan en cuenta en su día.

Mucho más celebrada fue 'El metro de platino iridiado', reconocida con el Premio Nacional de la Crítica 1990 y que se inicia de un modo deslumbrante con ciertos ecos del mundo de Proust casi un siglo después con la excusa de las amistades de la joven María a punto de casarse: ese ajeteo febril, ilusionado y algo sospechoso por parte de alguna de sus amigas en vísperas de la despedida de su soltería, ese fin de la inocencia. Pombo cautiva y dibuja con escenas muy vivas, chispeantes, con mucha luz, esa irrealidad temerosa a punto de quebrarse ante tanta esperanza. En ese mismo cénit, en las orillas de ese resplandor, Pombo desliza algo, no sabemos bien qué al principio, que provoca que el lector atisbe un no muy lejano naufragio.

Muy de otro tono y ambientada en la Francia de la primera mitad del siglo XII es 'La cuadratura del círculo', de 1999. Esta novela, Premio Fastenrath de la Real Academia de la Lengua, es todo un desafío y a varias bandas. Ya me dirán ustedes si no cómo alguien es capaz de atreverse a contarnos a través de siete capítulos, de siete círculos según él (todo un guiño a Thomas Merton), las zozobras del joven Acardo en permanente búsqueda, un muchacho víctima de la ausencia del padre, siempre entre guerras, y de una madre que recuerda a la intrigante Lady Macbeth. Asistimos al declive de la corte del noveno duque de Aquitania y séptimo conde de Poitiers, el poeta provenzal que aunó refinamiento y perfidia entre camarlangos, estrofas, bailes y la doblez de su ironía.

Más apasionante si cabe, aunque de otro cariz, es la figura del abad Bernardo, de la abadía de Claraval. Acardo compartirá veredas y conversación con este sabio, gran impulsor de la orden del Císter, "el hermeneuta del Cantar de los

cantares”, temido tanto por su ingenio como por su poder en la Iglesia. Se da cuenta del enfrentamiento entre los partidarios de los papas Inocencio II y Anacleto II, una metáfora de aquellos tiempos y los de hoy mismo; se recuerda la historia de amor y tragedia entre Pedro Abelardo y Eloísa, se aborda la difícil convivencia entre el poder político y el religioso, la aventura de los cruzados...

Late, en esta novela, un ajuste de cuentas, feroz y sutil, con la Iglesia, donde la obediencia debida se confunde con la culpa y la responsabilidad del fracaso en Tierra Santa. Tan es así que el último párrafo de este libro, apasionante y apasionado, es amargo en su dulzura. Desliza Álvaro Pombo, en el último párrafo de este novelón, un desencanto del ya no tan joven Acardo que le hace confiar tan sólo en un corcel: “El caballo relincha y vuelve la cabeza para mirarle: a imagen y semejanza del amor: el animal reconoce y acepta el peso de Acardo en la ancha grupa. Pesadamente galopa bosque adentro. Ese noble animal de carga, lo más parecido a la ternura, a la hermandad, que conocerá Acardo antes de la muerte”.

Más próximo a ‘Santander, 1939’ es ‘El héroe de las mansardas de Mansard’, de 1983. Fue galardonado con el Primer Premio Herralde de Novela, en cuyo jurado estaban, nada menos, Salvador Clotas, Juan Cueto, Luis Goytisolo, Esther Tusquets y el editor Jorge Herralde. Aquí sí está el ambiente del Santander apacible, donde lo chic, como en el Bariloche de mediados de siglo, “era considerarlo todo antepenúltimo, jamás del todo irreparable, jamás del todo cierto”. Se traba en este libro lo refinado y lo pedregoso, la institutriz inglesa y el mozo de ultramarinos, la extravagante tía Eulalia y, en el centro, el protagonista Kus-kús, subiendo y bajando escaleras hacia mansardas ocultas y dejando atrás una niñez tibia.

El libro que ahora celebramos, ‘Santander, 1936’, abrocha todo esto aunque esté ambientado años atrás, en la Segunda República y la Guerra Civil. Tiene en parte aquel aroma, tan conocido por nuestro escritor: no en vano, el protagonista, Álvaro Pombo Caller, fue su tío carnal. La ilustración de la portada del libro, un fotomontaje del buque mercante ‘Alfonso Pérez’, clave en la novela, no sé si está en las paredes de la casa de Álvaro Pombo en Argüelles, a tiro de piedra de la librería Rafael Alberti y cerca del Parque del Oeste, tan paseado por él. Ese piso con terraza de Pombo es como un camarote con luz donde conviven alborotadas plantas, una chimenea y un recoleto museo con reproducciones por las paredes de todo tipo de embarcaciones, bien a tinta, bien a carboncillo; donde conviven imágenes de goletas, bergantines y paquebotes. Como si desde esa casa del barrio de Moncloa estuviera contemplando su bahía de Santander.

El filósofo, ensayista, pedagogo y profesor en tantos saberes José Antonio Marina, esta tarde entre nosotros, es quien, seguramente, mejor conoce a Álvaro Pombo. Hace unas semanas le envié un pequeño cuestionario que sirviera como un perfil de nuestro creador. Aquí lo reproduzco íntegramente:

-Cómo y cuándo conociste a Álvaro Pombo.

-Estuvimos en el mismo colegio mayor, y estudiamos juntos la carrera. Él iba un curso por detrás mío. Lo primero que publicó Álvaro fue un artículo en una revista que yo dirigía. Era sobre Rilke y la realidad como recuerdo. Después, excepto los años que vivió en Londres, hemos mantenido la costumbre de comer una vez a la semana juntos.

-Defínelo (ya sé que no es fácil).

-Es una persona que vive intensamente la experiencia estética, el lenguaje, la amistad. Hasta el prunus de su terraza.

-Cuál es el aroma que revolotea en sus novelas.

-La filosofía y la religión. Ambas las utiliza para dar profundidad a sus relatos. Piensa que, sin ellas, una narración se queda en costumbrismo.

-No se le suele tener en cuenta sus poemas, magníficos: ¿tienes algo que contar sobre ello?

-Hasta que se fue a Londres, nunca le oí decir que pensaba escribir novelas. Solo le interesaba la poesía. Para él resultó duro liberarse de un lenguaje demasiado poético. Me parece un poeta extraordinario, y creo que sin conocer su poesía no se comprende bien su narrativa.

Parte de su poesía es oscura y parte es luminosa; parte depresiva y parte entusiasta. Creo que el problema que más le interesa es el juego de la maldad y de la santidad. Tal vez donde se vea más claro es en 'El metro de platino iridiado'.

-Cuál es tu novela preferida, o dos, o tres. Y por qué.

-Tengo un especial recuerdo de 'El héroe de las mansardas de Mansard', que le lanzó a la fama. Pero la que releo con cierta frecuencia es 'La aparición del eterno femenino contado por su majestad el rey', un delicioso relato de su infancia.

-Comenta los personajes que 'pueblan' sus novelas.

-He seguido muy de cerca la composición de sus novelas. En varias de ellas hay personas de su familia, alguna de las cuales he conocido, como su abuela

Ana. O la protagonista de 'Una ventana al norte'. Me impresionó mucho la protagonista de un cuento titulado 'Luzmila', y la de 'El metro de platino iridiado'. Hay, por supuesto, dos personajes reales, históricos, que recreó con un enorme talento: San Bernardo de Claraval, en 'La cuadratura del círculo', y San Francisco de Asís, en la biografía que escribió.

Pero me quedo con el niño protagonista de 'La aparición del eterno femenino'. Creo que es una novela que debería rescatarse. Tal vez recuperando su verdadero título: 'Don Rodolfo y el vencejo'.

-Cómo es como persona.

-Divertido y leal. Enormemente sensato por debajo de su aparente desmesura. Y, como diría Antonio Machado, es "en el buen sentido de la palabra, bueno".

Como complemento a este dibujo, les voy a leer el inicio de la semblanza que sobre Pombo escribió Manuel Vicent y que tituló 'El caballero de la rosa de los vientos'. "Este escritor con aire de hidalgo, un poco tronado, luce por fuera un cuerpo destartado sumamente estético como si transportara con gran elegancia los escombros de sí mismo, pero por dentro Álvaro Pombo es toda una meteorología, puesto que en su cerebro parece girar enloquecida a cualquier hora toda la rosa de los vientos y así un día lo sorprenderás bonancible, otro borrascoso, unas veces lloviendo y otras tronando, según como le vengan las propias isobaras, pero siempre imprevisible, sabio y divertido".

Pero quien debe hablar es Álvaro Pombo. Ahora le tocará su turno. Antes, les voy a leer un artículo que publicó en 'El Mundo' en 1994. El 20 de agosto. Lo tituló '¿Son graciosas las ardillas?', que puede cerrar el círculo, como estamos viendo, amplio y muy diverso, en el que cabe, no sin apreturas, el universo Pombo, entre la ternura y lo heterodoxo. Dice así:

"Ayer tarde fui al Retiro en busca de algo que decir. Tras cinco años en 'El Mundo' –y un modesto total de 260 artículos- empiezo a temerme lo peor. Mi pensamiento ético político es más bien errático y mi sentido de la actualidad, saltón. Abrigaba –no obstante la calor que se padece estos días- la esperanza de iniciar a partir de hoy una rectilínea línea férrea.

En esto una ardilla se intercaló entre mis ocurrencias como dentro de un disparatado arbusto: la ardilla garabateó instantáneamente mi buena voluntad monotemática: una ardilla tan graciosa como ésta –pensé- exige 37 líneas de maqueta como mínimo. La ardilla me contemplaba desde una distancia razonable. Articulada, como una ardilla de juguete, aquella ardilla color caoba calculaba si mi lapicero y mi cuaderno tendrían o no valor alimenticio.

En esto, un niño de corta edad y su madre se acercaron silenciosamente. La madre dijo: “¡Mira qué ardilla tan graciosa!”, y el niño preguntó “¿Por qué es graciosa?”. Y luego: “¿Son graciosas todas las ardillas o sólo ésta?”.

La ardilla empezaba a cansarse de nosotros: mucha labia y pocos alicientes. Se subió al tronco de un árbol, desapareció, reapareció, asomó la cabeza como si se asomara a una ventana imaginaria. Era evidente que la ardilla lo tenía todo calculado: asomarse, esconderse, fingir que nos ignoraba, acercarse repentinamente, sentarse en las patitas traseras, esponjar la amplia cola interrogativa... ¡Todo un repertorio!

Me dirigí al insatisfactorio niño preguntón: “¿Por qué quieres saber si todas son graciosas? Ésta es graciosa”. “Es que ésta es la ardilla más graciosa que yo he visto”, dijo el niño, “nunca he visto ninguna parecida. Si sólo ésta es graciosa, quiero llevármela a mi casa”.

Me sentí municipal y espeso. “¡Este niño es un horror, señora! ¡Esta ardilla es de todos, no puede llevársela a casa! Le tiene usted muy consentido”. “¡No le tengo nada consentido! ¡Es que mi hijo es muy sensible!”. “Yo también”, repliqué ofendido.

Los cuatro nos despedimos malamente. Todo está sin resolver: la vida es toda inclusión incesante; el arte es lo contrario. Ese niño era un artista: quería llevarse la ardilla en lugar de limitarse a decirla”. (Recogido en ‘Alrededores’, Anagrama, 2002).

No se trata de que Álvaro Pombo escriba bien o de sobresaliente, porque eso supondría que se le juzgara conforme a un baremo, a una tabla de referencia. No. Pombo escribe distinto. Porque es distinto. Habita en otro paraje. Es, y no es, de este mundo.

Como ven, apenas hemos hablado de la novela hoy celebrada, pues de eso, y del Pombo persona, personaje y creador, se hablará a continuación.

Les he elegido, para cerrar la cuadratura del círculo del propio Álvaro Pombo y de este texto, un poema del libro ‘Variaciones’, fechado en 1978, pero que mantiene su fulgor. Se titula ‘Variación decimosexta’ y dice así:

“Yo no soy de esta ciudad ni de ninguna  
he venido por casualidad y me iré por la noche  
aquí no tengo primos ni fantasmas (.)  
Ahora veré los árboles despacio (,) la calle entre dos casas neutras  
que conduce a un parque vacío(.)  
He visto ya en otros sitios cómo el viento  
hace huir un papel de periódico  
y sé que la lluvia será hermosa desde esa taberna de provincias desierta(.)  
Cenaré temprano y antes de que salgan del cine las parejas de novios  
habré dejado de ser en la mirada enumerativa  
de la estanquera  
y habrán fregado ya mi taza de café  
y mi tenedor y mi cuchillo y mi plato  
en la Fonda insustituible.

